

El Porvenir del Obrero

N.º 91

8 Febrero 1902

Número suelto 5 cts.

Oficinas: Moreras 12, 2.º — Mahón (Baleares)

Trimestre 1 peseta

“Non Serviam”

La reproducción en hoja suelta del artículo que con este título publicó hace años el periódico *La Idea Libre* ha sacado de sus casillas á un clerical batallador, que se ha creído en el deber ineludible de mostrar su indignación en las columnas del bi-semanario católico, con palabras que llamaríamos apasionadas si no se descubriera en ellas la más desconsoladora falta de sinceridad.

No podemos menos de admirar, aunque no respetuosamente, la destreza con que esos merodeadores del catolicismo lo convierten todo en sustancia y de todo sacan partido para hacer llamamientos á la generosidad de los fieles.

Todavía recordamos con regocijo las poco lucidas conferencias que dió en esta ciudad el *sabio y eminente sociólogo* P. Vicent. «El problema social», gritaba, «se presenta cada día más pavoroso; innumerables masas de anarquistas y socialistas se preparan para arrojar como fieras sobre vosotros los ricos; no quedarán ni los rabos; solo la iglesia puede libraros de la gran catástrofe que se os viene encima sin que lo notéis». Aquí una pausa. Luego añadía, cambiando de tono: «Pero la iglesia para realizar la magna obra de salvar vuestras vidas y haciendas necesita dinero, mucho dinero». No circulaba bandeja, pero esperaba. Tales predicaciones produjeron su efecto: á la segunda conferencia acudieron pocos, á la tercera menos y, al fin, el buen jesuita tuvo que marcharse descorazonado...

Sin embargo, el bi-semanario católico sigue creyendo que el miedo de los burgueses ignorantes de la cuestión social es un buen filón por explotar y vuelve á la carga. Habla de dios y del diablo, del cielo y del infierno, del hervor de las pasiones, de seductoras voces y de gritos siniestros, de esa legión de demonios que no ocultan su designio de anegar la tierra en un mar de sangre para entronizar á Lucifer sobre las ruinas del imperio de Cristo... ¡Que horror!... Y acaba por suplicar á todos que se suscriban á las publicaciones católicas favoreciéndolas con su liberalidad y contribuyendo cada uno tanto más cuanto mayor sea el haber de su fortuna.

Con haber puesto en claro esta labor mendicante podríamos dar por terminada nuestra contestación, pues en el fondo á esto solo se reducen todos los aspavientos, fingimientos de escándalo, y palabras gruesas del periódico clerical; pero son muy contadas las ocasiones de discutir con esa gente y queremos aprovechar la que se nos ofrece para apuntar algunas consideraciones de rara oportunidad.

Nada hay tan opuesto al verdadero espíritu religioso, y especialmente al espíritu cristiano, como ese inmoderado afán que muestran algunos por hacer de la iglesia un partido, un partido más, expuesto á todas las eventualidades de la lucha de los partidos y á todos sus desprestigios. Toman el crucifijo como una bandera, que agitan en elecciones y periódicos, y se sirven de los méritos de la sangre de Cristo como de una influencia para lograr empleos. Parece, según ellos, que «el Hijo de Dios» bajó á la tierra, no para redimir las almas, sino para servir los intereses de una bandería, la de los defensores de la fé. ¡Poca fé hay en los corazones de los que creen que ésta debe ser defendida por los medios que ellos acostumbran!

Dios, señores católicos militantes, debe bastarse á sí mismo y para nada necesita que le defendáis. Si creyérais verdaderamente, como decís, en las palabras del Cristo, sabríais que él prometió á su iglesia la perduración hasta el fin de los siglos, que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella, y por tanto, confiados en tal promesa, no temeríais que la iglesia se vea destruída en cuanto le falte vuestro apoyo. Si obedecierais á vuestros Evangelios procuraríais vuestro mejoramiento per-

sonal, que buena falta os hace, y no os ocuparíais tanto de los demás, para lo que nadie os ha dado misión. El Cristo á quien llamais Maestro, no se ocupó de política, que es lo único que haceis, ni los Evangelios son un código para gobernar pueblos, sino de perfección para los individuos, que es lo que vosotros olvidáis lamentablemente. Para que el pueblo no sepa estas cosas dificultáis la lectura de los mismos Evangelios, que tampoco vosotros leéis, para no veros acusados en cada una de sus páginas.

¿Que prueba todo esto? Que no teneis fé, que no creéis en Dios ni en las cosas espirituales, y que defendeis á vuestra iglesia como una institución humana, pero poderosa, á cuya sombra medrais y queréis seguir medrando. ¡Este es el secreto de vuestra religiosidad!

Hemos dicho que los Evangelios no son un código social ni político y en éllo está su mejor defensa. De apreciar lo contrario, diez y nueve siglos de experiencia demostrarían su ineficacia.

Después de diez y nueve siglos, la redención del proletariado está aun por hacer. Los mismos ó parecidos sufrimientos agobian hoy al que nace pobre y tiene que vivir de su trabajo que antes de la predicación del Cristo. Sin embargo, no queremos confundir á éste con la iglesia católica. Aun sin ser cristianos, respetamos al gran revolucionario, estigmatizador de la sinagoga, la iglesia de su tiempo, y amigo de los humildes. Para la iglesia romana, en cambio, no guardamos ningún respeto.

La historia de la iglesia no se diferencia de la historia de las demás instituciones humanas. La de los papas nada tiene que envidiar á la de los reyes.

Durante largos siglos la iglesia dominó como señora absoluta sobre las conciencias y en el gobierno de las naciones. ¿Que mejoras procuró á los pueblos? ¿En que pudo decirse que su influjo fuera beneficioso para los desheredados? Pudo hacerlo todo y no hizo nada. Prefirió compartir las ventajas de los poderosos, y sus obispos fueron equiparados á los grandes señores y los papas cifieron la corona real. Si hoy vemos aun á los pastores del rebaño cristiano cubiertos de oro y pedrería, con ofensa grave de las enseñanzas y el ejemplo de su Maestro, otros siglos les vieron cubiertos de armadura, guerreando con otras naciones cristianas y aun acudiendo a bandos en las guerras intestinas. No hubo abominación que les fuese extraña.

Cuando en el siglo XVIII la clase media, unida con el pueblo, quiso sacudir el yugo de la nobleza, el clero se puso de parte de la tiranía y hubo de participar de la guillotina como había participado del goce y los abusos de los privilegios.

Cuando en el siglo XIX el pueblo luchó por la libertad, siempre tuvo á la iglesia como enemiga, aliada con los partidos absolutistas, participando de las ventajas del poder y promoviendo guerras fratricidas para ahogar en sangre toda expansión popular.

Hoy tenemos planteada la cuestión social, la gran cuestión á revolver en el siglo XX, y la iglesia quiere ser la aliada de los ricos, que pueden pagar con generosidad estos favores; pero, por inseguridad del éxito, muéstrase inquieta, veleidosa, y tan pronto saca á relucir que *siempre habrá pobres entre vosotros*, interpretándolo con una extensión absurda, como amenaza á los ricos con la figura de la aguja y el camello y algunos textos de Santos Padres contra la propiedad. Si se supiese á ciencia cierta quien habrá de triunfar en la contienda empeñada, ya sabría ella de que lado inclinarse resueltamente. En la duda, quiere estar, por de pronto, al lado del conde que paga, que siempre ha sido para ella el verdadero conde.

Las ventajas de la alianza para la iglesia son fáciles de adivinar. Veamos ahora las ventajas que ella puede aportar á unos y á otros.

Resulta muy cara para los ricos la protección

que les dispensa la iglesia; pero, más que cara, es inútil, mejor diremos contraproducente.

La iglesia carece de fuerza moral para dominar á los pueblos. Ha muerto la fé y no hay quien la haga renacer; ha pasado su tiempo. Los adelantos de las ciencias, la evolución del pensamiento humano, y más que nada, quizá, la conducta de los mismos sacerdotes, han apartado de la iglesia los entendimientos y los corazones. Esto ya no tiene remedio y la ruina será cada día más patente; bien lo conocen los mismos partidarios del catolicismo, que ya no confían, como dijimos antes, en las promesas del Cristo, ni en la virtualidad intrínseca de sus doctrinas. Los que de la iglesia esperan la salvación, solo conseguirán caer con ella, caer malamente, envueltos en sus bien merecidos desprestigios y participando de los odios que por todas partes ha provocado.

Solo en España, donde se ha dicho que vivimos con un siglo de retraso respecto de las demás naciones europeas y donde las clases que llaman directoras permanecen, generalmente, sumidas en la ignorancia tradicional, puede soñarse en confiar á los clérigos la resolución de los conflictos entre el capital y el trabajo. En otras partes esta idea provocaría la risa general. Ni siquiera puede contarse con ellos para atenuar la lucha, para suavizar los rozamientos; por el contrario, los hombres de iglesia solo sirven para exacerbar odios y provocar represalias; desconocen la mansedumbre, carecen de espíritu evangélico y la historia demuestra que en todos los conflictos su intervención ha sido terrible y sangrienta.

En la cuestión social, especialmente, atentos solo á sacar el mayor partido posible, ponen todo su empeño en asustar á los ricos tontos, exagerando los peligros y presentando á los que pretenden mejorar las condiciones de la vida humana como «una legión de demonios que no ocultan su designio de anegar la tierra en un mar de sangre». Esto es una infamia y el que lo ha escrito sabe de sobras que no es verdad. Ese camino no es el que conduce á la pacificación de los espíritus, ni al triunfo de la razón. Cada vez que los defensores del régimen existente han adoptado la actitud correspondiente á las palabras copiadas, solo han conseguido provocar la ira de los oprimidos y justificar las represalias.

El objeto de la revolución que se predica es modificar la organización social de modo que se eviten los males que produce la de ahora, no en provecho de unos individuos, ni siquiera de una clase, contra los demás hombres, sino para bien de todos. Se quiere transformar la propiedad, no destruir las personas de los propietarios; se pretende suprimir la riqueza y la miseria, no matando á los ricos y á los mendigos, sino proporcionando á todos condiciones adecuadas de vida. En el mismo artículo «Non Serviam», escrito por un temperamento brioso, al hablar de la lucha entre ricos y pobres, se declara bien el sentido de esa lucha preconizando como resultado de ella «que al fin no habrá ricos y pobres entre los hombres»; y en el párrafo final, hablando de la rebelión de los pobres contra los ricos, se dice que los primeros hayan de acabar con las personas de los segundos, sino «con las inicuas desigualdades que han labrado durante siglos y siglos la servidumbre y la infelicidad de la especie humana». De esto á lo que quiere significar el católico escritor media un abismo, para salvar el cual se necesita una mala fé de que no todos los hombres serían capaces.

Si los ricos quieren prestar atención á semejantes informadores y seguir los consejos de tales varones prudentes, piensen al menos antes en los resultados que dieron la inquisición tratando de conservar la pureza de la fé, el despotismo de Fernando VII empeñado en sofocar el liberalismo español en sus principios, y, para ejemplo más reciente, los dulces procedimientos de los frailes en las islas Filipinas.

Al pueblo poco le hemos de decir. Conoce ya bien á los hombres de iglesia y sabe lo que de ellos puede esperar.

El catolicismo es enemigo mortal de la libertad. En su organización realiza el ideal de la teocracia y del absolutismo; sus gerarquías son incompatibles con la igualdad; y su espíritu todo es lo más opuesto á la felicidad humana sobre la tierra. Si los clérigos se acercasen á los proletarios en el momento decisivo de la lucha, porque vieren seguro su triunfo, serían un grave peligro para mas tarde. Nada hay en el catolicismo aprovechable para el bien y, mientras subsista, será una fuerza siempre dispuesta para el servicio de la opresión y de la tiranía.

Actualmente, ya lo veis, no os ofrecen los clérigos su apoyo sino á cambio de una sumisión absoluta y ciega; nó para servir vuestros intereses, sino para que sirvais los suyos.

Hablan de la caridad, y la caridad para ellos se reduce á la degradante limosna, remedio insuficiente aún para las miserias más visibles, como demuestra la práctica constante.

Teniendo de vuestra parte la justicia, quieren que os contentéis con recibir misericordia, reconociendo así, por un triste mendrugo que no siempre alcanzais, el derecho de vuestros opresores á manteneros sujetos á la ley de su capricho.

Nuestras doctrinas de justicia y de rebelión las llaman infernales, satánicas. ¿Y bien? Estas palabras ya solo pueden asustar á las beatas de más ínfimas facultades mentales; el de diablo es un disfraz que solo sirve para representar farsas ante chiquillos; los demás lo toman á broma.

Non Serviam es un hermoso lema: *No serviré.*

Los que quieran servir, los esclavos voluntarios, los que se hallan á gusto con sus sufrimientos, ó piensan que son justos y que está bien que dure sobre ellos y sobre los suyos hasta la consumación de los siglos, que se vayan con los clérigos y se les sometan. Pero los otros los que están cansados de sufrir, los que desean su redención y aspiran á la felicidad de los hombres en esta vida que vengan á nuestro lado y repitan las palabras hermosas que la leyenda bíblica atribuye al simbólico Lucifer: *¡Non Serviam! ¡Non Serviam! ¡Non Serviam!*

Agrupación «Los Incansables».

HAMBRE

¡La humanidad se muere de hambre! No es preciso hacer grandes esfuerzos de imaginación para demostrarlo. De cada veinte individuos que lean estos renglones diecinueve lo saben por experiencia propia. Hasta los ricos sacrifican el estómago para emplear el dinero en cosas supérfluas.

La humanidad no puede vivir sin religión decía Melquíades Alvarez en Oviedo.

La humanidad no puede vivir sin comer, debiera haber asegurado mas cuerdamente.

Por comer sin trabajar entran en los conventos y renuncian al amor gañanes robustos. Por asegurar la pitanza se desgañitan en los templos los clérigos de todas clases. Por tener segura la bazofia, ingresan voluntariamente en el servicio militar y van á las guerras inhumanas muchos infelices. Por satisfacer las imperiosas necesidades del estómago, se convierten muchos entes despreciables en esbirros y verdugos. ¡Si no fuera por el hambre que de continuo nos acecha y amenaza, no habría tantos hipócritas que fingen respetar creencias que no sienten y que están reñidas con la razón!...

¡La humanidad se muere de hambre!... Ahí están para confirmarlo los jornaleros andaluces que en tiempo de abundancia se contentan con un miserable gazpacho. Ahí están los campesinos gallegos, cuya alimentación, aunque más escasa, en nada difiere de la que le dan á los cerdos. Ahí están los escualidos y amojamados habitantes de la meseta castellana, que cual kábilas hambrientas invaden las estaciones de los trenes implorando una limosna al viajero, que contempla con tristeza y repugnancia á aquellos pobres seres de color cetrino, pómulos salientes y nariz achatada, como los esquimales y lapones que tienen sus moradas en un país de desolación y de nieves perpétuas.

¡Cuántas ansias, cuántas congojas pasan los pobres trabajadores para poder llevar un pedazo de pan á sus hijos!... ¡Cuánto disimulo tienen que emplear los individuos de la clase media, los obreros intelectuales, los

burócratas, para ocultar sus hambres atrasadas, su forzosa abstinencia!...

Yo he experimentado más de una vez indignación profunda al ver que hombres en la plenitud de su desarrollo físico y de su virilidad, después de realizar un trabajo penoso en los caminos, en las fábricas ó en los andamios, echaban mano del saquito donde llevaban el pedazo de pan moreno y el racimo de uvas y lo comían resignados, sin acordarse de que en los palacios de los arzobispos gotosos, y en las casas de los canónigos apopléticos había caldos suculentos, delicados manjares, frutos como el almíbar y vinos exquisitos. Y he sentido inmensa tristeza y ganas de reír irónicamente al contemplar á nuestros hidalgos y currutacos en teatros y paseos, luciendo galas marchitas y pálidas como sus semblantes, donde se reflejaba el hambre y los efectos destructores del tétrico garbanzo,....

Se ha dado á la civilización un giro completamente contrario á la naturaleza. Todos los inventos de los sabios todos los progresos de la mecánica, tienen por único y exclusivo objeto el adelanto de la industria. Los grandes explotadores ven en ella más seguras ganancias. Todos los días se levantan nuevas fábricas que llenan el espacio con el negro humo de sus chimeneas. Los mercados están abarrotados de mercancías y los capitalistas ponen el grito en el cielo pidiendo á los gobiernos que remedien estas crisis terribles. De aquí ese afán colonizador de las naciones industriales, que de un modo cualquiera han de dar salida á sus productos.

Dentro de poco, los negros del interior de Africa tendrán un piano en sus cabañas y se vestirán con los paños de Lyon y de Tarrasa y con los algodones de Manchester... ¡Entonces ya los habremos civilizado y serán felices vistiendo á la europea y cambiando unos ídolos por otros!...

Entre tanto, la tierra ha sido abandonada. Los campesinos dejan la aldea por la ciudad. Por todas partes se ven eriales y pantanos. Se escarba el suelo hasta lo más profundo en busca de carbón que alimente los grandes acorazados, y se dejan sin cultivo terrenos que á costa de muy poco trabajo producirían abundantes cosechas.

Se conocen las causas del mal, y sin embargo, no se le pone remedio. Cuantos más hambrientos haya, más fácil es ejercer la tiranía y dominar las conciencias. Un hombre con el estómago vacío transige con todo, con tal que le den de comer. Se hará moro, cristiano, fraile, jesuita, monárquico, silvelista, carlista, cualquier cosa, con tal que no le falte un mendrugo.

No puede haber verdadera libertad mientras que no haya pan. Las deserciones en los partidos avanzados sólo se explican de este modo. No todos tienen asegurados los medios de subsistencia y pueden resistir los ataques del enemigo, cuya táctica principal es sitiar por hambre á los que sienten anhelos de libertad y de progreso.

Es verdaderamente desconsolador lo que sucede en la sociedad actual. Las estadísticas han probado más de una vez que la hez de los presidios trabaja menos y come mucho mejor que la mayor parte de los trabajadores libres.

Hasta cierto punto la condición de los esclavos y los siervos era mejor que la de nuestros obreros, pues por la cuenta que le tenía al amo nunca les faltaba que comer.

La estulticia y la cobardía de muchos pueblos se debe principalmente al hambre secular que va agotándolos poco á poco. Entre ellos debemos contar al pueblo español, cuya decantada frugalidad hay que combatir sin descanso. El hambre produce alucinaciones místicas y cree en los milagros.

Sin el hambre las guerras serían imposibles, porque ningún individuo que tiene satisfechas las necesidades quiere exponerse á perder la vida. Sin el hambre no haría terribles estragos la tisis y otras enfermedades, azotes de la humanidad y especialmente de los desheredados. Sin el hambre no habría 80.000 prostitutas en Londres 60.000 en París y 30.000 en Berlín!...

La humanidad se está muriendo de inanición, sin que lo remedien los gobiernos, los grandes de la tierra, los que tienen en sus manos el poder y la fuerza.

Hay en toda Europa dos ó tres millones de hombres que el Estado mantiene, sin que hagan nada provechoso. Forman los ejércitos que arma al brazo esperan el momento de lanzarse como lobos sobre los pueblos pacíficos é indefensos.

Millares de obreros se pasan la vida construyendo cañones, espadas y fusiles, que han de servir para matar y esclavizar á sus hermanos.

Los que se dedican á otras industrias tampoco reportan grandes beneficios á la sociedad.

En cambio las tierras permanecen estériles, los campos sin cultivo, cuando hasta de las duras rocas y los desiertos arenales, se podían obtener abundantes cosechas y exquisitos frutos que saciasen á la pobre humanidad hambrienta...

Constantino Piquer



EL CRISTO NUEVO

El Cristo descendió de su cruz y dijo al creyente que ora-ba de rodillas ante él:

—Hijo mio, sois unos imbéciles. Hace diez y nueve siglos que predije la paz, y la paz no se ha hecho. Predije el amor, y continúa la guerra entre vosotros; abominé de los bienes terrenos, y os afanáis por amontonar riquezas. Dije que todos sois hermanos, y os tratáis como enemigos. Hay entre vosotros tiranos y hay gentes que se dejan esclavizar. Los primeros son malvados; los segundos idiotas. Sin la pasividad de éstos, no existirían aquéllos. Grande es la crueldad de los unos, mayor es la resignación de los otros. ¿Por qué sufrir en silencio cuando se tiene la fuerza del número... del derecho? No fué ese el espíritu de mis predicaciones; vosotros, los republicanos de la religión, las habéis falseado. Yo vi el origen del mal en la autoridad y en su órgano el Estado, y por eso me persiguieron. Desconocí el poder de los Césares, como atentatorio á la libertad humana, y por eso perecí en la cruz.

Uno de mis más amados discípulos, Ernesto Renan, ha dicho que yo fui un anarquista. Si ser anarquista es ser partidario del amor universal, destructor de todo poder, perseguidor de toda ley, declaro que fui anarquista. No quiero que unos hombres gobiernen á otros hombres; quiero que todos seáis iguales. No quiero que trabajen unos y que otros, en la holganza, consuman lo producido; quiero que trabajéis todos. No quiero que haya Estados, ni Códigos, ni ejércitos, ni propiedad, ni familia; quiero que todos os tengáis tan grande amor que no necesitéis ni verdugos ni jueces; que miréis como hijos vuestros á todos los niños y como esposas á todas las mujeres; que seáis una gran familia feliz, sana y laboriosa.

¿Por qué no lo hacéis así, hijos míos? ¿Por qué sois tan malvados que os complacéis en destrozarnos? La tierra es grande y fecunda; los campos producen lo necesario para que todos viváis; la mecánica ha llegado á tan maravilloso grado de perfección que aplicando sus descubrimientos y los de la higiene á las fábricas y las minas, el trabajo trocaríase de penosa tarea en alegre entretenimiento. Entonces trabajaríais todos, como todos hoy tenéis gusto en disfrutar de los placeres de un deporte, y en tres horas de ese trabajo alegre y voluntario recibiríais los múltiples menesteres de la vida social, que hoy reciben unos cuantos. No habría entonces explotadores ni explotados, no habría señores y vasallos, no habría monarcas y súbditos. Con la propiedad desaparecería la sed de riqueza, el afán de lucro, la eterna rivalidad entre los pueblos, el asesinato lento en el taller insalubre de millones de hombres.

No padecería la mujer, sin la autoridad del esposo, la tiranía que al presente padece. No sería el amor fórmula hipócrita sancionada por la Iglesia ó por el Estado; sería pasión espontánea y voluntaria. No sería esclavitud de la mujer al hombre, porque tan libre y dueña de la tierra como aquél sería ésta, y para nada tendría que preocuparse del porvenir de los hijos; no cometería tampoco nadie la ligereza de jurar amor eterno, como si el amor dependiese de la voluntad y de él se pudiese responder libremente.

No habría naciones diferentes; los ríos y las montañas no servirían de barrera para que los hombres dejasen de ser hermanos; las fronteras, que hoy separan los pueblos, no serían motivo para que os hiciérais cruda guerra. Lo que hoy reputáis injusto para unos y justo para otros, sería entonces igualmente dañoso para todos. El asesinato sería un crimen, y lo sería también la guerra; sería condenable la mentira de que usais en los tratos de pueblo á pueblo, tanto como hoy es aplaudida. La moral sería la misma para todos, y no se alteraría su esencia ni su forma con la diversidad de razas y países.

No cometeríais la inhumanidad de encerrar el delincuente en una prisión, como si con ello pudieseis enmendar la falta que es imputable á vosotros y no á él. Al desgraciado, que realice un acto inmoral le trataríais como á un enfermo, y no agravaríais su mal privándole de la libertad, don el máspreciado entre los hombres. Si desaparecieran las causas del crimen, ¿no desaparecería el crimen? ¿Habría rapiñas sin propiedad? ¿Habría celos sin el monopolio de una mujer? ¿Habría rencillas por el poder sin el poder?

Hijos míos, ¿por qué sois tan imbéciles? ¿Por qué sois tiranos los unos y resignados corderos los otros? Sacudid el yugo los que sufrís la tiranía; destruid la opresión los que vivís esclavizados. Con vosotros, los obreros, está la fuerza; vosotros sois el mayor número. Si agonizáis en las fábricas es porque no tenéis la entereza de saber vuestro derecho.

IMNE ALS ARTISTES

(TRADUCCIÓ DE MARAGALL)

De Schiller.

La majestad de l'ome en vostres mans reposa.
Servada sia!

Caurá en vosaltres ó s'alçara gloriosa.
Am sant encis la Poesia
del món s'avé am l'idea inmensa
serena 's fon en l'ona extensa
de grossa armonia.

Quan la Vritat fou rebutjada
arreu fulgint, va trobá estada
en les cansons de Cadmos en el chors;
mes ja, terrible, en llum ardenta,
vestida am túnica esplendent,
renaix en mig de cants de gloria
iaixorda amb imnes de victoria
l'oit covard dels opresors.

Oh lliures fills de lliure mare!
El ferm semblant i els ulls gireu
vers la radiant Bellesa clara,
i altre corona no volgueu.
I cadascú faci sa via.

per cents camints entrelaçats:
ja us trobareu quan vinga el día
á dalt del cim tots abraçats.



Evolución y Revolución

Se puede decir que Evolución y Revolución son los dos actos sucesivos de un mismo fenómeno; la evolución precediendo á la revolución, y esta precediendo siempre á una evolución nueva, madre de las revoluciones futuras ¿Puede verificarse un cambio sin llevar consigo variaciones bruscas en el equilibrio de la vida? La revolución, ¿no debe suceder necesariamente á la evolución, de igual modo que el acto sucede á la voluntad de obrar? Una y otra solo difieren por la época de su aparición. Poned un obstáculo cualquiera á la corriente de un río, y las aguas se reunirán poco á poco detenidas por el mismo, formándose allí un lago por una evolución lenta; más de pronto se producirá una infiltración en la parte superior del dique, bastando la caída de un guijarro para producir el cataclismo, el obstáculo quedará barrido rápidamente, y el lago volverá á ser río de apacible corriente: así se habrá producido una pequeña revolución terrestre.

Si la revolución es siempre más tardía que la evolución, la causa de ello existe en la resistencia de los medios: las aguas de un río se deslizan blandamente entre las riberas, porque estas la detienen en su marcha; las olas del mar se rompen con violencia sobre los escollos y el rayo rasga las nubes porque la atmósfera se opone á la salida de la chispa eléctrica. Cada transformación de la materia, cada realización de la idea, está durante el período de sus transformaciones contrariada por la inercia del medio, y el fenómeno nuevo no puede tener lugar más que por un esfuerzo tanto más violento ó por una fuerza tanto más poderosa, cuanto más grande es la resistencia. Herder, hablando de la revolución francesa ha dicho: «La semilla cae en la tierra, durante largo tiempo aparece muerta, más de pronto brota su tallito, despues separa la tierra que la rodea, combate con la arcilla que la impide su desarrollo, y he aquí que se convierte en planta, que florece y que madura su fruto.» Y el niño, ¿cómo nace? Despues de reposar nueve meses en las tinieblas del claustro materno escapa de él también con violencia rasgando sus envolturas, y á veces matando á su madre. Tales son las revoluciones, consecuencia forzoza de las evoluciones que las precedieron.

A pesar de todo, las revoluciones no son necesariamente un progreso, al igual que las evoluciones no están siempre dirigidas hacia la justicia. Todo cambia, todo en la naturaleza está dotado de un movimiento eterno; pero si hay progreso, puede haber también retroceso, y si las evoluciones tienden á un acrecentamiento de vida, hay en cambio, otras que tienden hacia la muerte. La detención es imposible; es preciso moverse en uno ó en otro sentido, y el reaccionario empedernido, y el liberal insípido, que lanzan gritos de espanto ante la palabra revolución, marchan á pesar suyo hacia una revolución:

la de la muerte. Las enfermedades, la senectud, la gangrena, son evoluciones tan perfectas como la pubertad.

La invasión de los gusanos en el cadáver, como el primer vagido del recién nacido, indican que ha tenido lugar una revolución. La fisiología, la historia, están ahí para demostrarnos que existen evoluciones que se llaman decadencia y revoluciones que son la muerte.

La Historia de la Humanidad, bien que tan sólo nos sea conocida á medias y durante un corto período de algunos siglos nos ofrece ya ejemplos numerosos de razas y de pueblos, de ciudades y de imperios que han perecido miserablemente como resultado de evoluciones lentas, produciendo su caída. Múltiples son los hechos de todas clases que han podido determinar estas enfermedades de las naciones, de razas enteras. No obstante, existe una causa mayor, la causa de las causas, en la cual se reasume la historia de la decadencia. Esta reside en la constitución de una parte de la sociedad en dueña y señora del resto de la misma, en el acaparamiento de la tierra, de los capitales, del poder, de la instrucción y de los honores, por unos cuantos ó por una aristocracia. Desde el momento que la multitud imbecil no encuentra el resorte de la rebelión contra ese monopolio de un corto número de hombres, está muerta virtualmente, y su desaparición es tan solo negocio de tiempo. La peste negra llega bien pronto para barrer todo este montón inútil de individuos sin libertad; los verdugos acudirán de oriente ó de occidente, y el desierto ocupará el lugar de ciudades inmensas. Así murieron Asiria y Egipto: así se desvaneció la Persia, y cuando todo el Imperio romano pertenecía á algunos grandes propietarios, los bárbaros se encargaron de reemplazar en un momento á los proletarios esclavizados.

Eliséé Reclus



Amor libre

Sr. Director de EL PORVENIR DEL OBRERO.

Apreciable compañero: La invitación que hace en el número último á los que no están conformes con el escrito *Amor Libre* publicado en el anterior, me mueve á escribirle, no para contradecir lo que en aquel escrito se dice, sino para pedir esplicaciones.

Yo no repugno las cosas nuevas ni me asustan las reformas, por radicales que sean, siempre que se contengan en los límites de lo razonable y beneficioso para el bienestar de la humanidad. Pero las que, por el contrario, amenazan ser un atraso, en vez de un progreso, y es de temer que produzcan males, en vez de bienes, estas deben rechazarse. Sin afirmar que el *amor libre* caiga de lleno en estas últimas, me permito dirigirme al Sr. J. Mir, ya que tan seguro se muestra de sus convicciones, para preguntarle:

1.º ¿Está Vd. convencido de que el *amor libre* no sería un desorden, que nos haría retroceder al estado natural ó salvaje, igualándonos á los animales?

2.º ¿No perdería la mujer si no hallase el amparo seguro del hombre que se compromete á ser su compañero durante toda la vida?

3.º ¿Cuál sería la suerte de los hijos nacidos de las uniones libres? ¿Quién se encargaría de alimentarles y educarles?

4.º ¿Y para todos no sería una desgracia el romper los lazos de la familia, que son el consuelo en las aflicciones, el amparo en la vejez y en las enfermedades? ¿No es el amor de la familia un sentimiento natural, insustituible de todo punto?

Espero que el Sr. Mir conteste á estas preguntas, reservándome el derecho de replicar ó de conformarme, según me convenzan ó no sus explicaciones.

Y Vd., señor Director, dispéñeme la molestia y reciba las gracias anticipadas de

UN PADRE DE FAMILIA.

Nota de la Redacción.—El compañero J. Mir y Mir se propone contestar en uno de los números próximos.

Levántate, levántate, hijo mío. No es de los tiempos que corren la oración; no es de esta época de lucha la resignación mística. Me habéis injuriado gravemente; habéis disfrazado mis doctrinas. No legitiméis con mi nombre la explotación. Los que mantienen gobiernos y soldados no son mis discípulos.
¡Levántate y lucha!

J. Martínez Ruiz.

Felicidad y libertad son en cierto modo sinónimos, pues para ser dichoso es indispensable y suficiente ser libre.

SEBASTIÁN FAURE

LEAR. Leed.

GLÓSTER. . . ¿Con qué? ¿Con las órbitas?

LEAR. ¡Hola! ¡Hola! ¿Con que estáis como yo? No teneis ojos en la cara, ni dinero en la bolsa. Trance pesado para los ojos y leve para la bolsa. Sin embargo, véis como anda el mundo.

GLÓSTER. Lo veo por lo que sufro.

LEAR. ¿Como es esto? ¿Estais loco? Cualquiera puede ver sin ojos como anda el mundo. Mirad con los oídos. Ved como ese juez insulta á ese miserable ladronzuelo. En secreto escuchad. Cambien de sitio por arte de bilibirloque y ¡quién es el juez! ¿quién el ladrón?—Habéis visto á un perro cortijo ladrar á un pordiosero.

GLÓSTER. Sí, señor.

LEAR. ¿Y al pordiosero huir del chuchó? Ahí tenéis la perfecta imagen de la autoridad. Se obedece á un perro cuando gobierna.

Shakespeare (El Rey Lear).

CRISTO Y EL CURA

Cristo nació pobre y murió pobre. El cura nace pobre y muere rico.

Cristo ha dicho que todos los hombres son hijos iguales de Dios. El cura dice que algunos tienen derecho de ser dueños y otros el deber de ser siervos.

Cristo quería que le siguiera quien no tuviese dinero. El cura quiere que le siga el que tiene y le dá.

Cristo instruía á la plebe. El cura quiere la ignorancia.

Cristo amaba á los niños para educarlos. El cura los acaricia para explotarlos y corromperlos.

Cristo abrazaba á la Magdalena arrepentida. El cura abraza á la virgen para... inculcarle satisfacciones angelicales.

Cristo enseñaba la religión del amor. El cura impuso la fe con la guerra, la prisión, la tortura y la hoguera.

Cristo recomendaba el buen ejemplo. El cura enseña con el escándalo.

Cristo buscaba los corderos para redimirlos. El cura para esquilarlos.

Cristo arrojó á los mercaderes del templo. El cura es peor que el negociante, porque toma todo y no da nada.

Cristo lloró en el huerto. El cura ríe en la iglesia.

Cristo montaba un asno. El cura se ha hecho tener el estribo y las riendas del caballo hasta por los empedradores.

Cristo andaba descalzo. El cura lleva zapatitos de charol con hebillas de oro y de plata.

Cristo bebió vinagre y hiel. El cura bebe vinos espumantes.

Cristo fué proclamado rey con el bastón en la mano y en las sienes la corona de espinas. El cura ha empuñado la espada conquistadora y ha ceñido la diadema real (que aún la espera).

Cristo llevó la cruz. El cura la hace llevar á los pobres.

Cristo murió crucificado por la redención de los pobres y los humildes. El cura quiere esposas, fusiles y cañones contra los esclavos del trabajo, para poder vivir haraganeando tranquilamente.

(De *L'Avvenire dei Lavoratori.*)

El suicidio á plazos

Aunque indirectamente, lo tiene ya establecido para los desheredados el régimen de ruindad y vilipendio en que vivimos.

Entre otros muchos males que padecemos, una Administración por demás egoísta, inhumana, brutal y sin entrañas, nos lleva con vertiginosa rapidez hacia nuestra completa decadencia, lo mismo física que intelectual y moralmente. Si seguimos soportando su tiránico yugo, si no tenemos valor para muy pronto reducir á polvo el pedestal en que se apoya ¡Ay de nosotros! moriremos por consunción, asesinados por la anemia muscular y cerebral, adquirida gracias á ese parásito insaciable, que con el nombre de «Tenia social» estaría mejor apellidado que con el de Administración.

Vive á costa de los demás, disminuyendo los medios de vida del que los tiene muy tasados, precisamente de aquel que gasta su actividad y sus energías en obtenerlos y transformarlos, de aquel sin el cual no habría industria, ni comercio, ni agricultura, ni nada.

No se conforma ya con robar á veces con la cuarta parte del jornal al padre que gana poco y tiene muchos hijos; hace más, mucho más, le manda trabajar y después no le paga.

No le paga y lo deja en la miseria, sin pan que dar á su familia, abrumado por las deudas, molestado, vejado, atropellado en su dignidad, emplazado judicialmente por sus acreedores, condenado quizá por los que en tal caso debieran llamarse «Tribunales de injusticia» ¿Creéis que exagero? Os citaré un ejemplo.

Hace más de un año fueron declarados cesantes los escaleros del rio Jucar y de sus afluentes. Cuando esto sucedió á dichos obreros se les adeudaban de su haber tres mensualidades, que no han cobrado todavía. Fiados dichos obreros en el pago puntual de sus haberes devengados, habían contraído deudas tomando al fiado artículos de primera necesidad. Directa é indirectamente han hecho cerca de la Administración gestiones para lograr el pago de su trabajo; inútil todo; la Administración les impone el hambre obligatoria y por consiguiente el suicidio á plazos.

Su situación les ha impuesto multitud de privaciones. Sus acreedores les han hecho sufrir vejámenes sin cuento, citándoles por último ante los tribunales para darles con ésto patentes de tramposos, al mismo tiempo que procuran obligarles á pagar deudas que en realidad no son de ellos, sino más bien de una Administración arbitraria y desalmada, máquina infernal montada por los gordos para la destrucción de los flacos.

Pues bien, figuráos ahora un hombre que no ha intervenido nunca en la Administración; que, dedicado á la enseñanza, ha observado nuestras desgracias á través de una lente pedagógico-social y que habiendo visto en nuestra triste situación la consecuencia necesaria de nuestro funestísimo sistema educativo ha levantado contra él la voz de su vergüenza, de su indignación y de su rebeldía.

Bastó que ese hombre mezclara entre sus reflexiones algunas frases de crítica hacia los hombres que nos gobiernan, para que aquellos otros á quienes antes me refería, sin conocerle, acudieran á él suplicándole que les ayudase en sus muy justas reclamaciones.

A este fin en *El Liberal* del día 17 de octubre último se publicaba un suelto titulado «Trampos de la Administración», llamando sobre el asunto la atención del ministro correspondiente. Pero ¡oh fortuna! la atención que nuestros políticos prestan á las quejas del obrero no tiene límites. Al día siguiente de ver la luz el mencionado suelto publicaba también *El Liberal* la contesta-

ción del ministro, en la que se decía que la falta de pago reconocía por causa el haberse agotado el crédito consignado para dichos trabajos. Añádase además que la cantidad que se adeuda á los referidos obreros figura en el nuevo presupuesto como resultas de ejercicios cerrados y que será satisfecha inmediatamente de aprobado aquel.

Con que ya lo sabéis, desheredados de la fortuna, y del poder. Mientras los padres de la patria no examinen y aprueben las cifras que representan lo que la Administración os debe, y otras cosas por el estilo, no podréis cobrar vuestro trabajo de hace más de un año.

¿Que vuestros acreedores no admiten más aplazamientos y os embargarán quizás vuestros cuatro trastos ó vuestra misera vivienda, poniéndoos en la calle si os descuidáis? ¿Qué importa eso, si caciques, banqueros, capitalistas, senadores, diputados, ministros, subsecretarios, directores generales, etc., etc. habitan en palacios suntuosos, donde no puede penetrar el aire frío de la calle, porque cientos de cristales se lo impiden?

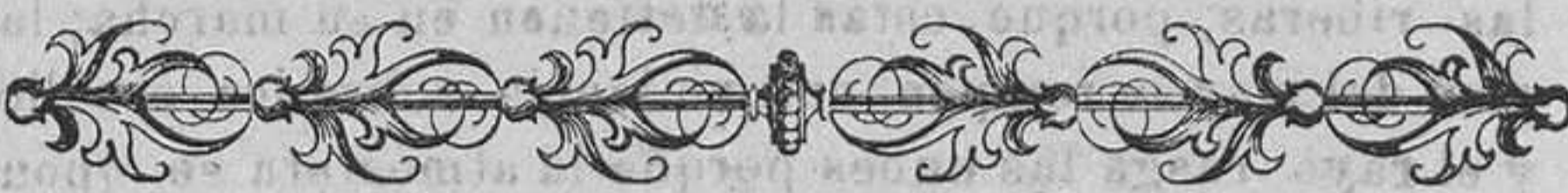
¿Que vuestras familias os piden pan para comer y vestidos para abrigarse y no podéis proporcionárselos? ¿Qué importa eso, si vuestros explotadores han cobrado cuando había dinero en las cajas y no tienen por lo tanto que temer en sus mesas la falta de manjares suculentos, ni en sus cuerpos la falta de lujosísimos vestidos, de seda, de raso, quizás cuajados de deslumbrante pedrería?

¿Que en la miseria se os tienden lazos para hundiros, con vuestras familias, en el fango del pantano de la inmoralidad? ¿Qué importa eso para los que os han conducido á tal extremo, si, por hábito ya, se arrastran también ellos con sus allegados por la inmundicia más asquerosa y por el más hediondo cieno?

Para eso los habéis levantado con vuestros votos, ó los consentís en lo alto con vuestra pasividad.

¿Queréis que concluyan tales injusticias? Pues despreciad de veras á los caciques, que para satisfacer su ambición ó su orgullo falcean ó venden vuestra voluntad; sacudid su yugo; haceos dueños de vosotros mismos; ejercitad vuestros derechos en toda su amplitud; purificad con fuego si es preciso, esta atmósfera de egoísmo y de corrupción que nos envuelve y nos asfixia; en una palabra, derrocad el imperio de la guerra y del bandidaje para fundar el de la paz y la justicia.

Francisco Pereira



MOVIMIENTO SOCIAL

Barcelona 27 Enero.—Ayer fué día de muchas reuniones, tanto de carácter público como privado, llegando al número de 91 las solicitudes presentadas con este objeto, según dice la prensa.

La más importante fué la celebrada por la federación local de agrupaciones obreras en la nueva Plaza de Toros, con asistencia de más de doce mil obreros y representación de 24 sociedades, para tratar de asuntos de interés para la clase y especialmente de la necesidad de la asociación. Hablaban entre otros, Teresa Claramunt, Bonafulla, Castellote y Guasch, esforzándose todos en demostrar plenamente la necesidad de que todos los obreros se adhirieran á dicha Federación, que no quede uno sin pertenecer á ella, único modo de hacer frente á los desmanes de la burguesía y sus defensores y de evitar las injusticias que contra los trabajadores se cometen á mansalva con irritante frecuencia, citándose como ejemplo los abusos llevados á cabo por la autoridad en los conflictos de estos días.

En el Frontón Beti-Fai se reunieron los obreros carreteros para dar cuenta de la informalidad de

los patronos y del poco respeto que éstos guardan á las bases que pactaron al solucionar la huelga. Tomaron parte en la discusión varios obreros y casi todos opinaron que debe volverse á plantear la huelga sin transigir en las pretensiones extremadamente justas y razonadas. Por lo avanzado de la hora no pudo tomarse acuerdo definitivo; pero puede darse por seguro que tendrán que ir á la huelga si quieren ver respetados sus derechos.

También se reunieron ayer los obreros panaderos para dar cuenta de las gestiones realizadas para lograr el descanso dominical, conseguido ya en los barrios de las afueras. En el mitin convocado por la sociedad «La Espiga» en el teatro de la Gran Vía se puso de manifiesto que en adelante los obreros panaderos tendrán un día de descanso á la semana ó sea que trabajarán seis días en vez de siete.

E. G.

Publicaciones útiles

Nuestro querido colega *La Huelga General*, de Barcelona, ha inaugurado su biblioteca de propaganda con la publicación de dos hermosos folletos.

Libre Examen, por PARAF-JAVAL, contiene una colección de artículos, cortos y claros, oponiendo el concepto revolucionario contra muchas preocupaciones.

El hombre y la Sociedad, por ANSELMO LORENZO. Conferencia leída en la «Escuela Moderna» el 15 Diciembre 1901. Es conocido el autor como pensador seguro, envejecido en la lucha por la emancipación del proletariado. En este folleto se muestra también conocedor profundo de los problemas pedagógicos. La ternura de los ancianos cuando benevolamente se dirigen á los niños, es siempre conmovedora; pero si á la benevolencia se unen la reflexión y el estudio, entonces los consejos de la experiencia tienen un valor grande y positivo.

Estos folletos se venden á 25 céntimos cada uno en la administración de *La Huelga General* (Rambla de las Flores, 26, 4.º, Barcelona). También pueden adquirirse en las oficinas de EL PORVENIR DEL OBRERO.

**

Hemos recibido «La Humanidad Libre», periódico quincenal de Valencia, redactado por entusiastas compañeras. Dirección: Lepanto, 16, 4.º, 1.º—Se despachan ejemplares del mismo en las oficinas de EL PORVENIR DEL OBRERO.

Solidaridad Internacional para los

obreros presos y perseguidos

Ptas. Cts.

Suma anterior.....	25'45
Uno que no quiso ser cura.....	00'15
B. D. P.....	00'15
Antonio Magin.....	00'15
Juan Bagur Aloy.....	00'50
Antonio Bagur Alov.....	00'50
Bautista Basora.....	00'50
Paco Sintés.....	00'25
José Coll.....	00'25
Juan Andreu.....	00'50
Un recién nacido.....	00'05
Esperanza Pons.....	00'25
Juana Manent.....	00'15
Ana Manent.....	00'15
Catalina Llabrés.....	00'25
Lucía Pons.....	00'25
Josefa Torres.....	00'15
Jaime Mari Ferré.....	00'05
Miguel Mercadal.....	00'50
Miguel Adrover.....	00'30
Pedro Bagur.....	00'10
Gabriel Gimenez.....	00'25
Un verdugo.....	00'20
Sociedad de Oficios Varios «Solidaridad».....	5'00

(Continuará.)

Suma..... 36'55

Libros y folletos que se hallan en venta en la administración de EL PORVENIR DEL OBRERO:

ORIENTACION SOCIOLOGICA, por Sebastián Suñé, 1 peseta.

LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por Leopoldo Bonafulla, 10 céntimos.

ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 25 cts.

LA HUELGA GENERAL, por José Lopez Montenegro, 25 cts.

LIBRE EXAMEN, por Paraf-Javal, 25 cts.

EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD, por Anselmo Lorenzo, 25 cts.